

LOS INTERESES AMERICANOS EN ÁFRICA

RUPERT EMERSON,
de la Universidad de Harvard

El crecimiento de los intereses norteamericanos en África corre parejas, burdamente, con el tumultuoso progreso político del pueblo africano. La independencia de Ghana, tras la de Libia y el Sudán, arrojó una luz nueva sobre el continente, que atrajo una acometida casi embarazosa de esos intereses. Estados Unidos, hasta hace pocos años, había permanecido sentado complacientemente en un asiento lateral y sin conceder mayor atención a los asuntos africanos. Los norteamericanos, aun cuando de vez en vez aireaban sus sentimientos anticoloniales, parecían dar por de contado la condición colonial del grueso del continente como parte del orden natural de las cosas. Parecía que en el futuro predecible los africanos estaban seguramente protegidos en sus mantos coloniales, y que las potencias imperiales europeas mantenían en sus manos, de modo efectivo, las riendas. El despertar de Estados Unidos —no del todo diferente del de los mismos africanos— ha sido repentino y abrupto.

La forma en que el propio continente evolucione determinará en gran parte, obviamente, el papel que Estados Unidos pueda desempeñar allí. No es oportuno detallar aquí la avasalladora carrera de los acontecimientos africanos, consignada claramente en los relatos de dominio público, y muy a oscuras en cuanto a sus consecuencias.

Avanzando a una velocidad mayor que cualquier observador inteligente hubiera considerado concebible hace una década, África está deshaciéndose, uno por uno, de todos los frenos del sistema colonial. Decir que África saldrá en esta década del colonialismo, se ha convertido en un asunto de profecía módica, mientras que un estudiante de los asuntos africanos, atrevido y de amplia visión, probablemente no hu-

biera predicho en 1940 que no ocurrirían tan serias resquebrajaduras en los sistemas coloniales hasta fines del siglo. Puede decirse, aun cuando la comparación es sepechosa, que lo que Europa logró en el transcurso de varios siglos y Asia en bastantes décadas, África trata de comprimir en un breve período de años.

Tomemos el del Congo belga si queremos elegir un ejemplo llamativo. Aun cuando un puñado de los que especulaban acerca de su destino, reconocieron poco después de la Segunda guerra mundial que ya asomaban cambios fundamentales, la opinión belga más general consideraba que, hasta donde la vista podía alcanzar, se extendía un espectáculo ininterrumpido de firme y lento progreso paternal. El distinguido exgobernador general del Congo, Pierre Ryckmans, que escribía en 1955, anticipaba con cierta tranquila confianza unos treinta años de pacífico progreso, durante los cuales los habitantes del Congo seguirían considerando como la mejor, la vida que llevarían bajo el régimen belga. "Todo el que conoce el Congo —todo el Congo, y no tan sólo las grandes ciudades, afirmaba— está convencido de que el gobierno belga es indispensable, y que su término sería el de cuanto hemos construido en tres cuartos de siglo."¹ Un profesor belga escandalizaba por entonces a sus compatriotas más conservadores al proponer un programa de treinta años, cuya culminación sería la emancipación del Congo; y a esto siguió en 1956 el primer manifiesto político congolés: cauto y moderado, pero, de cualquier modo, un manifiesto político. Las morosas décadas se redujeron a unos años breves y apresurados cuando se desataron los motines de Leopoldville en enero de 1959. Tanto el rey como el gobierno belga anunciaron oportunamente su intención de aventurarse en un apresurado y vasto programa de reformas que pronto acarrearía la independencia del Congo; pero, como se decía en la declaración del rey, "*sans précipitation inconsidérée*". En torno a la mesa de la conferencia celebrada en Bruselas en febrero de 1960, los años se redujeron a meses para marcar la fecha de la independencia del pueblo congolés, políticamente inexperto y tribalmente dividido: el 30 de junio de 1960.

La arrebatina por la independencia y la pronta disposición de belgas, británicos y franceses para concederla, excepto en las áreas de nutrida colonización blanca, también se conocen públicamente. Nace la oscuridad cuando se pregunta cómo será el África futura y hacia dónde irá. Los nombres de Togolandia, los Camerunes, Somalilandia, el Congo, Nigeria, la federación Malí de Senegal y el Sudán francés, y quizás otros, están en la pizarra de la independencia para este año; pero la bola de cristal no alcanza a ver más allá en el futuro para decirnos si esos estados sobrevivirán en su forma presente, si se dividirán en entidades políticas más pequeñas sobre lineamientos tribales, o si se fundirán en unidades mayores, buscando la meta del panafricanismo, o de una parte de éste.

¿Qué tanto constitucionalismo democrático podrán alcanzar y conservar esos estados? ¿O se dejarán arrastrar muy pronto hacia los sistemas autoritarios, dominados por un hombre fuerte como figura central? Molville J. Herskovits y sus compañeros, al presentar su informe al Comité de Relaciones Exteriores del Senado Norteamericano, concluyeron:

Hay indicios de que veremos estados con sistemas de un solo partido, con base en un amplio apoyo popular, con ejecutivos fuertes y legislaturas débiles, y la actividad política confinada en el interior del partido, y no entre una mayoría y una minoría organizadas.²

Este es el patrón que Sékou Touré ha establecido en Guinea; se aproxima a lo que Nkrumah ha estado redondeando en Ghana, y que otros voceros africanos han confirmado: querían para sus países una democracia centralizada y unipartidaria. Pero bien puede ocurrir que la realidad de un futuro no muy lejano sea que algunos de estos países resulten menos ordenados y menos democráticos de lo que esta versión sugiere.

Por doquiera hay un impulso para alcanzar el desarrollo económico con el objeto de romper el cerco de pobreza que ha sido el eterno destino de África y empezar a participar del bienestar que la ciencia y la técnica occidentales han

hecho posible. Es una ironía que el coloniaje, que ha sido el más íntimo contacto con el Occidente, se interrumpa precisamente cuando el afán de la modernización según el modelo occidental es más intenso, y, sobre todo, cuando el coloniaje de la postguerra se ha convertido en un proveedor importante de ayuda financiera y técnica. Como en la esfera política, es un verdadero albur si el desarrollo económico, y en qué países, iniciará una tendencia ascendente, y si ese desarrollo se mantendrá hasta alcanzar la semblanza de una economía moderna.

Los pueblos africanos se enfrentan al emerger del coloniaje a dos tareas entrelazadas. Tendrán que avanzar apresuradamente hacia frentes múltiples para modernizarse y hacerse del mundo contemporáneo, tarea que apenas si han iniciado. Al mismo tiempo, tendrán que reorganizar el continente según sus condiciones propias después del largo intervalo durante el cual sus asuntos estuvieron bajo el dominio de las potencias coloniales. Cada dependencia, dentro del dominio colonial, tendía a divorciarse de sus vecinas, porque todas sus líneas de comunicación convergían directamente hacia la metrópoli. Ahora se establecen nuevas relaciones entre los pueblos africanos, en parte por medio de series de conferencias africanas en Accra y otras partes. No obstante las animosas esperanzas de que el panafricanismo infunda un sentimiento de unidad en todo el continente, la creación de esas relaciones hace inevitable que surja una especie de equilibrio de poder interno africano, asunto que a diario se complica conforme se multiplican los estados africanos. ¿Cuál será, por ejemplo, el efecto de la independencia de Nigeria en la constelación de poder de África Occidental, y qué tan perturbadora resultará la independencia del Congo al chocar con los territorios franceses, portugueses y británicos vecinos?

El coloniaje impuso su propia estabilidad, que ahora desaparece. La única predicción que puede hacerse con una confianza completa es que África sufrirá muchos cambios y trastornos en los años próximos hasta encontrar su propio nivel. El primer ministro Macmillan lo expuso así durante

su reciente recorrido del África: "El viento del cambio sopla en el continente."

¿Cuál será el papel de Estados Unidos en esta situación? Entra tardíamente en la escena africana con una mezcla curiosa de inocencia y algunos vestigios de pecado original. La inocencia proviene, sobre todo, de que ha tenido relativamente poco intercambio reciente con África, aun cuando tuvo bastante en la época de la esclavitud y del tráfico de esclavos. Además, se siente singularmente libre de compromisos con facciones, partidos o países. Los vestigios de pecado original provienen de su asociación íntima con las potencias imperiales cuyo dominio se abandona ahora, y de su economía capitalista, que muchos asiáticos y africanos se inclinan a identificar sin más con el imperialismo.

La falta de ataduras o compromisos puede ser vista de otro modo: los intereses de Estados Unidos en África son más generales o difusos que específicos y particulares. Está por hacerse, entonces, la transformación de esos intereses generales en relaciones más concretas, en ligaduras y obligaciones.

Desde el punto de vista humano, el mayor de esos intereses proviene de que una décima parte de la población de Estados Unidos tiene su origen lejano en África. A medida que ésta ha avanzado, en los últimos años, lenta y penosamente, por el mundo, los negros norteamericanos la han observado de cerca estrechamente y se enorgullecen del progreso logrado, como otros inmigrantes de Estados Unidos se han regocijado con los logros de los países de sus mayores. La independencia de los países africanos tiene una repercusión inevitable entre los norteamericanos de ascendencia negra, y los recientes elogios de los nacionalistas al "negrismo" y a la "personalidad africana" reverberan en Estados Unidos tanto como en África.³ Visto desde otro ángulo, la forma en que Estados Unidos trate a sus ciudadanos negros es de inmensa importancia para los africanos, a quienes penetran rápidamente las noticias acerca de la discriminación y la segregación, de los fallos de la Suprema Corte y de Little Rocks. Poco tarda en llegar a África la noticia de que a los negros se les niega el derecho de comer en cualquier restau-

rante. Las protestas de que la voluntad y las intenciones de Estados Unidos hacia ella son buenas, las medirá África con el trato que el negro norteamericano recibe en casa.

Las relaciones personales entre África y Estados Unidos se han multiplicado últimamente. Una vieja forma de contacto, y que se mantiene firme, es la de los misioneros, que por millares han ido allá y han contribuido en mucho no sólo a diseminar el cristianismo, sino los servicios de educación, salubridad y sociales.⁴ Bien puede ocurrir que al hacerse independientes los estados africanos, se impongan mayores restricciones a la actividad misionera, y que, en particular, las escuelas misionales queden sujetas a reglamentos más estrictos, o que las sustituyan con escuelas seculares creadas directamente por los nuevos gobiernos.

Números reducidos de africanos han venido a Estados Unidos con miras de educarse, entre ellos líderes tan distinguidos como Nnamdi Azikiwe de Nigeria y Kwame Nkrumah de Ghana. Han aumentado constantemente en los últimos años los que quieren una educación superior o adiestramiento especializado en uno u otro campo de la técnica, y ahora están en marcha varios programas para regularizar y dilatar más esa corriente. Al mismo tiempo, como reflejo del fenomenal incremento de los intereses de Estados Unidos en África, más y más estudiantes norteamericanos van allá en viajes de turismo, o de planes y empresas. El turismo no-estudiantil en ambos sentidos, muchas veces bajo los auspicios de fundaciones de Estados Unidos, también ha aumentado mucho recientemente. Los norteamericanos y los africanos comparten todavía un gran fondo de mutua ignorancia acerca del país del otro, pero se hace un buen esfuerzo para reunirlos.

Las relaciones económicas, como otros tipos de relaciones, han crecido; pero no han llegado todavía a ser de una importancia central para Estados Unidos. Todavía resulta válida en gran medida la conclusión a que llegó en 1958 Andrew M. Kamarck, del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento. Señalaba que África proporciona el grueso del consumo de Estados Unidos de determinados productos, como diamantes preciosos e industriales, columbio, cobalto, piretro

y aceites de palma y nuez; pero que si bien las cifras absolutas de nuestro comercio con África y nuestras inversiones en ella parecen impresionantes, no son, relativamente, muy importantes. Descubrió que menos de un octavo de uno por ciento del gasto nacional bruto se dedicaba a productos africanos, y que África nos compra un tanto por ciento aún menor de la masa de nuestra producción nacional bruta. Su apreciación general era ésta:

Algunas industrias sufrirían dificultades con la pérdida de las importaciones de África, elevarían un tanto los costos para otras y causarían pesar a las muchachas que tendrían que pasar el compromiso matrimonial sin el anillo de brillantes; pero difícilmente se puede sostener que ahora África sea económicamente vital a Estados Unidos. Puede éste pasársela sin las mercancías y los mercados africanos con un imperceptible temblor en su bienestar.⁵

En 1958, toda África, con excepción de Egipto y el Sudán, recibían el 3.4 % del total de las exportaciones norteamericanas, y proporcionaba a Estados Unidos el 4.2 % de sus importaciones. Esas exportaciones, desde el punto de vista de su distribución geográfica, ofrecían un cuadro desequilibrado, pues de 615 millones de dólares, cerca de 250 eran para la Unión Sudafricana (lo que pinta el mayor poder adquisitivo de ésta) y otros 150 a Noráfrica, dejando, así, solamente 215 millones para toda el África al sur del Sahara, excluida la Unión. Las importaciones de 1958 estaban mejor distribuidas entre varios países. De un total de 557 millones de dólares, sólo 93 procedían de la Unión y 34 de Noráfrica; esto significa que 430 millones procedían de la gran masa de África tropical que se extiende de un extremo al otro del continente. El mayor proveedor individual del mercado norteamericano era el Congo belga, del cual se traían productos valuados por 95 millones de dólares. No obstante la suposición de que la América Latina tiene un monopolio del mercado norteamericano de café, es interesante hacer observar que el 30 % de las importaciones de África son de café.

La participación de África en las inversiones privadas norteamericanas en el exterior es todavía insignificante, no obstante que los intereses mercantiles de Estados Unidos se han fortificado a últimas fechas. En 1958 la cifra global de las inversiones directas norteamericanas en el extranjero se estimaba oficialmente en 27,000 millones de dólares, y la participación de toda África apenas llegaba a 789 millones.⁶ La distribución de la inversión, como en el caso de las exportaciones, es notoriamente desigual, puesto que la Unión de Sudáfrica reclama casi la mitad de ella, y una suma menor, pero considerable, corresponde a Noráfrica. Una porción importante de estas inversiones en África se ha dedicado a promover la industria petrolera, lo que hace suponer que, a medida que las perspectivas de dar con petróleo sean mejores, se dispondrá de más capital norteamericano para su exploración y producción.

La contribución del gobierno de Estados Unidos a África, en contraste con la magnitud de las operaciones de la postguerra en otras partes, se ha conservado a un nivel insignificante. Un poco de esta ayuda ha ido directamente a los países africanos independientes y se han proporcionado pequeñas sumas a los territorios dependientes a través de las potencias administradoras; pero no se ha intentado ningún proyecto importante. Es de presumirse que este estado de cosas se explica por la condición colonial de África y porque Estados Unidos no ha adquirido ningún compromiso especial en el continente. El informe presidencial al Congreso sobre el Programa de Seguridad Mutua, presentado el 14 de enero de 1960, declaraba que los programas de ayuda económica y técnica para África eran de 97.100,000 dólares en el año fiscal de 1959, en comparación con la de 61.500,000 dos años antes; esto indica una tendencia ascendente, pero los totales son bien reducidos. Sólo una pequeña parte de esas sumas se dedicaba al África situada al sur del Sahara. Se ha dicho que toda el África, con excepción de Egipto, recibía en la década que terminó en marzo de 1959, menos de 200 millones de dólares de un total de 25,000 millones de ayuda norteamericana.

A pesar de que las necesidades de África en materia de

desarrollo son inmensas, parece que Washington ha llegado a la conclusión de que el grueso de la carga debe caer sobre las potencias europeas. Si bien Estados Unidos quedará dentro del escenario y África puede acudir al Banco de Importación y Exportación y al Fondo de Préstamos para Desarrollo, "el Departamento de Estado —según el *New York Times*— espera que los países europeos hagan las inversiones mayores".⁷ El presidente Eisenhower, en su informe especial al Congreso, del 16 de marzo de 1960, acerca del siguiente pago del Programa de Seguridad Mutua, incluyó una solicitud para dedicar 20 millones de dólares a satisfacer lo que él calificó de necesidad imperativa para fomentar la educación y la capacitación en África, a efecto de crear las condiciones previas de un crecimiento económico vigoroso.

Estados Unidos, con una sola excepción, no tiene casi ningún compromiso de orden político en África. Es de suponer que la absorción de ésta en el dominio colonial europeo ha sido el factor clave que ha impedido una liga mayor en los asuntos del continente. La única excepción es Liberia, cuyas relaciones con Estados Unidos, a despecho de sus señaladas altas y bajas, han sido estrechas desde que ese país se estableció como refugio de los esclavos norteamericanos liberados... y para eliminar el peligro de que los libertos cayeran en la tentación de provocarle dificultades. Otro cambio en la política de Estados Unidos ocurrió al firmarse en secreto, el 8 de julio de 1959, un acuerdo del Ejecutivo, que no se publicó hasta septiembre, que creó un compromiso defensivo en favor de Liberia. Según ese acuerdo, ambos países se comprometían a definir inmediatamente la conducta a seguir para la defensa de Liberia en el caso de una agresión o amenaza de agresión a este país.

Puede decirse con algunas reservas, inclusive este acuerdo de Liberia, que el interés estratégico y defensivo de Estados Unidos en África es de un carácter tan difuso y general como sus intereses políticos y económicos. Su preocupación mayor en cuanto a la defensa es asegurar que ninguna parte de África caiga en manos hostiles, pero esto no parece acarrear problemas urgentes, pues, por ahora, no se encuentra amena-

zada la seguridad del continente. Más aún, los armamentos africanos no son importantes, ni se pretende aumentarlos en forma considerable. Una de las áreas en que Estados Unidos ha intervenido hasta cierto punto, es Noráfrica, donde sus fuerzas operaron durante la Segunda guerra mundial, antes de emprender el ataque en Europa. En particular, Estados Unidos ha establecido bases importantes en Marruecos y Libia, aun cuando hay la promesa de retirarlas del primero, ya que el Marruecos independiente se niega a aceptar el convenio anterior hecho con Francia.

Cuando se alude a la importancia estratégica de Noráfrica, se piensa en seguida en que se ha pasado por alto un elemento importante. El análisis hecho hasta aquí justifica la opinión, según creo, de que la preocupación de Estados Unidos con respecto al África es más general que específica, y que tiene pocos intereses particulares que sostener o defender. Sin embargo, plantear así el asunto, hace perder de vista una dimensión vital; no puede definirse ese interés sin reconocer de un modo cabal que está íntimamente ligado a las potencias europeas, cuyos compromisos en África son mucho mayores y centrales que los suyos directos. Sus aliados europeos, desde cualquier punto de vista, se juegan algo importante en África, un hecho que es imposible que Estados Unidos ignore, aun cuando, reflexionando debidamente, pueda concluir que es más importante atender a los pueblos de África que ahora se levantan y no a las potencias imperiales que van de retirada. Así, y para tomar el único ejemplo de Noráfrica, si bien es verdad que es una parte del mundo remota de Estados Unidos, que no representa para él sino una pieza de sus planes estratégicos generales, para Europa es el vecino de al lado, que puede resultar de suprema importancia, sea para una defensa profunda o como base enemiga de ataque.

Los intereses económicos, políticos y estratégicos de Europa empuñan los de Estados Unidos, pero éste no puede ser indiferente a la repercusión que los sucesos africanos tienen en Europa. Las inversiones de Estados Unidos en África y su comercio con ella carecen relativamente de impor-

tancia, pero esto dista mucho de ser verdad para varios países europeos a quienes afectaría seriamente una interrupción grave en sus relaciones económicas con África.

En este punto, por lo menos a los ojos africanos, la mancha del pecado original aparece para estropear la inocencia de la aproximación de Estados Unidos a África. Los modernos líderes africanos se miran a sí mismos como en una gran cruzada para acabar para siempre con la opresión y la injusticia del coloniaje. Estados Unidos, por otro lado, en general se siente contento con representar el papel de un benévolo y desinteresado espectador, que aprueba el principio de la autodeterminación, pero cuyo abuso precipitado ha de evitarse. Por tanto, los portavoces norteamericanos han citado con no poca frecuencia el frío comentario del secretario de Estado Dulles de 1958: "Estados Unidos apoya la independencia política de todos los pueblos que la deseen y sean capaces de echarse a costas esa responsabilidad", que deja en el aire la suposición de que Estados Unidos y algunos otros extraños tienen el derecho de juzgar la madurez de los pueblos africanos para ser independientes. Joseph C. Satterthwaite, subsecretario de Estado para los Asuntos Africanos, en un discurso del 21 de agosto de 1959, afirmó que el pueblo africano espera de Estados Unidos una guía moral y una afectuosa comprensión de sus aspiraciones. Sin embargo, la estudiada moderación de la actitud norteamericana ha preocupado a las autoridades coloniales y a los colonos blancos, sin despertar gran entusiasmo entre los africanos. Tom Mboya, uno de los prominentes líderes políticos de Kenya, con el deseo indudable de hablar por sí y por otros africanos, ha manifestado la "perpleja decepción" que sintió al comparar la política norteamericana en África con su primera esperanza de que Estados Unidos les diera una dirección alentadora en la lucha anticolonial. "No es suficiente —agregó— predicar la democracia y el cristianismo si no se practican." ⁸

Resulta evidente de la dramática rapidez con que los asuntos africanos se desenvuelven, que en los años venideros Estados Unidos tendrá que enfrentarse a la necesidad de tomar muchas decisiones en los asuntos africanos, y varias

de ellas serán seguramente dolorosas. La carencia actual de compromisos y obligaciones le da, al menos en principio, una singular libertad para manejar y dar forma a su política. El reverso de la moneda es, precisamente, que la falta de patrones de acción establecidos y de presiones concretas diferirá la decisión hasta que un cambio súbito de los acontecimientos lo fuerce a reaccionar tardíamente ante lo que ya ha ocurrido, como pasó con la independencia de Guinea.

Existen muy buenas razones para ser cauto en las generalizaciones que interpretan la política norteamericana como una dulce sensatez que identifica el interés nacional con un amor benévolo hacia los demás. En este caso, sin embargo, creo que corresponde con la realidad estimar que el interés norteamericano por África descansa esencialmente en el deseo de que el continente progrese en paz. Aparte el interés humanitario y económico, el mayor que tiene en el desarrollo debe proceder del hecho de que hay seguridad en que el desarrollo se emprenda, y que Estados Unidos preferirá con mucho que se haga bajo sus auspicios y los del Mundo Libre en vez de que ocurriera bajo los del comunismo. En cuanto a la paz, puede sostenerse convincentemente que cada conato de dificultades y antagonismos será utilizado en contra de Estados Unidos. A pesar de la "perpleja decepción" que pudiera existir, parece haber todavía una gran reserva de amistad hacia Estados Unidos —fundada, en parte, sin duda, en la esperanza de los beneficios que pueden recibir de este país—, y apenas un mínimo de penetración soviética. Es probable que cuando entren en conflicto dos o más interesados, haya uno que se sienta tentado a pedirle apoyo al bloque comunista. Los desafectos y los disidentes son reclutas naturales del campo soviético.

Pero Estados Unidos cometerá un grave error si fragua su política en el molde de su actitud hacia los comunistas y el bloque comunista. Para los africanos no es éste el asunto supremo, y es muy probable que pueda persuadirlos de que tendrá que ser. Sékou Touré, el creador de la independencia de Guinea, presente ante la Asamblea General de las Naciones Unidas el 5 de noviembre de 1959, afirmó que, para los

africanos, la cuestión colonial era la central, y que juzgaban la sinceridad de los dos bloques mundiales de acuerdo con la eficacia de su contribución a la lucha contra la opresión de un pueblo por otro. Negó que África tuviera que ser interrogada sobre si pertenecía a éste o el otro campo, y sostuvo que más bien habría que preguntarles si favorecían o eran adversarios de la liberación de África.⁹

Es de esperarse, por razones perfectamente comprensibles, que el neutralismo africano sea la respuesta a la presión del mundo exterior, y Estados Unidos hará bien en aceptar de buen grado semejante respuesta. Para los africanos existe, con tanta frecuencia como para los asiáticos, una imperdonable incongruencia fundamental entre la rapidez norteamericana para proclamar a voz en cuello las maldades y abusos del rebaño comunista, y el silencio con que ha dejado pasar el *apartheid* de Sudáfrica, la guerra colonial argelina y las mortíferas golpizas a los prisioneros de los campos de detención de Kenya. Estados Unidos tiene que mirar cara a cara los agravios e injusticias de África si quiere conservar el respeto y la colaboración de ella.

Se le pedirán anhelosamente a Estados Unidos inversiones y ayuda para progresar; pero no se necesita mucho ingenio para predecir que, cualquiera que sea la forma en que resuelva echar la suerte, las críticas son seguras. Si ofrece un apoyo grande y pronto, algunos europeos tomarán esto como prueba de una descarada maniobra para reemplazar el dominio de Europa, en tanto que no faltarán africanos que denuncien los peligros de una nueva servidumbre imperialista. Si la intervención norteamericana es pequeña y tardía, se tomará como prueba de la indisposición de Estados Unidos para participar en el costo del desarrollo, y, sin duda, de su siniestro deseo de evitar que los africanos salgan de su actual inferioridad económica. Convendría que Estados Unidos se diera cuenta de que los accidentes y los vaivenes cíclicos de su mercado pueden tener con frecuencia efectos aún más graves en la economía africana que las decisiones políticas deliberadas sobre empréstitos, subsidios e inversiones.

Las resoluciones políticas que hayan de tomarse prometen

ser en extremo desconcertantes, si bien con buena suerte y buena administración, Estados Unidos podrá seguir absteniéndose de enredarse en algunas de las controversias en que no tenga parte o interés directo. Es de suponerse, en un sentido general, que resultará más conveniente a sus intereses que emerjan en África unas cuantas grandes entidades políticas y no un largo proceso de balkanización, y que las democracias constitucionales estables son preferibles a las dictaduras; pero, en esas cuestiones, Estados Unidos sólo podrá desempeñar un buen papel, si ha de intervenir en ellas, si obra con moderación y discretamente. De manera inevitable habrán de brotar situaciones, empero, en que se vea obligado a elegir entre los dos en pugna, o decidir cómo tendrá que proceder ante regímenes tal vez autoritarios y corrompidos que nazcan en éste o aquel otro país. No podrá imponer el tono en África, como no pudo hacerlo en Asia, y tendrá que aprender a tratar cosas que no le agradan, de la misma manera que trata las que le agradan con una combinación de dura convicción realista y de comprensiva simpatía hacia las inmensas dificultades a que se encaran los nuevos países.

La decisión más fundamental que Estados Unidos deberá adoptar, y que lo acosa, es la que planteó en la Asamblea General Sékou Touré: ¿están ustedes, sí o no, por la liberación de África? La respuesta abstracta es sí; pero en lo concreto del mundo real, tal respuesta significará el desertar de nuestros aliados, las potencias coloniales europeas, si bien es cierto que ellas han avanzado muy lejos en los años de la postguerra hacia el desmantelamiento de sus imperios y la devolución de África a los africanos. Deberá, sin duda, considerar las necesidades y reclamaciones de los aliados de Estados Unidos y de los asociados a NATO; sin embargo, cuando estén en pugna, sólo en raros casos resultará político o legítimo concederles prelación sobre las necesidades y reclamaciones de los africanos. Las estrellas gemelas que guiarán la política deberán decir que la era del coloniaje ha tocado a su fin, y que África se encarga ya de su propio destino. Estados Unidos y el Occidente tienen que contribuir mucho todavía para realizar ese destino. Tratar de hacer esa contribución

dentro de la trama del sistema colonial, sólo significará amargura y derramamiento de sangre; pero existen buenas razones para esperar que la nueva y fructuosa colaboración se realice dentro de una atmósfera radicalmente distinta de libertad y de igualdad.

N O T A S

¹ "Belgian Colonialism", en *Foreign Affairs*, oct., 1955; p. 94.

² *United States Foreign Policy: Africa*. Un estudio preparado a solicitud del Comité de Relaciones Exteriores del Senado. Oct. 23, 1959; p. 27. Citado más tarde como el Informe Herskovits.

³ Como prueba de este renovado interés, véase *Africa Seen by American Negroes*, editado por Présence Africaine, París, 1958.

⁴ Joseph C. Satterthwaite, subsecretario de Estado para Asuntos Africanos, proporciona una cifra de más de 6,500 misioneros americanos en África. "United States Foreign Policy and Africa", en *Department of State Bulletin*, sept. 7, 1959. El Informe Herskovits, pp. 43-45, proporciona una cifra más baja: 785 católicos y 2,652 protestantes, aparte de una cifra mucho mayor de miembros y empleados africanos de las misiones.

⁵ "The African Economy and International Trade", en *The United States and Africa*. The American Assembly, 1958; pp. 118-119.

⁶ La cifra está tomada de S. Pizer y F. Cutler en su "Capital Flow to Foreign Countries Slackens", *Survey of Current Business*, agosto, 1959. Otros cálculos son considerablemente más elevados. En la *Economic Survey of Africa since 1950* (E/CN14/28, Nueva York, 1959) de las Naciones Unidas, se calcula que el valor nominal de las más importantes inversiones de Estados Unidos en África era en 1957 de 1,200 millones de dólares. En fuentes sudafricanas se afirma que las inversiones solamente en la Unión (de Sudáfrica), son de 600 millones.

⁷ Febrero 3, 1960.

⁸ "Our Revolutionary Traditions: An African View", en *Current History*, dic. 1956; p. 346.

⁹ *The United Nations Review*, dic. 1959, p. 21.